

EDITORIAL

La Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales y el deterioro del ambiente

*The Faculty of Forestry and Environmental Science
and the environment damage*

La Tierra, nuestra casa, está enferma. Son numerosos los síntomas que apuntan a que no anda bien. Entre la última década del pasado siglo XX y la primera del XXI, dos reuniones al más alto nivel (Eco 92, Rio de Janeiro, y Rio + 10, Johannesburgo-África del Sur, 2002), situaron los problemas ambientales en la discusión del porvenir de la humanidad. El hecho de que la mayoría de los gobernantes de los distintos países que conforman el mosaico geopolítico mundial estén colocando entre sus prioridades al ambiente nos dice que, efectivamente, la agenda ambiental está globalizada.

Para nadie es un secreto que si bien el proceso de industrialización por el que ha transitado la humanidad desde mediados del siglo XVIII, ha provocado un espectacular crecimiento de la economía mundial –con sus innegables desigualdades–, también es cierto que el costo para el planeta ha sido alto. En estos primeros años del nuevo milenio los problemas asociados con el deterioro de los suelos, las aguas y el aire, por mencionar sólo algunos, son cada vez más alarmantes.

El cambio climático y la degradación progresiva de las principales fuentes de biodiversidad –selvas tropicales y los arrecifes de coral– están a la orden del día. Sólo para ilustrar la anterior afirmación podemos señalar que la ONU, en ocasión del encuentro de Johannesburgo, divulgó un informe en el que sostenía, entre otras cosas, que 90 millones de hectáreas de bosque y selva fueron destruidos en la década de 1990 en todo el mundo, y de cada 4 hectáreas deforestadas en el planeta una formaba parte de la selva amazónica. En el mismo período, la proporción de arrecifes de coral amenazados pasó de 10 a 27%, a pesar de estar protegidos por la Convención de Biodiversidad. Por beber agua contaminada, mueren al año cerca de 5 millones de personas. Esto sin contar los más de 2.000 millones que no tienen acceso al agua potable. Por otra parte, el sumidero terrestre recibió más de 80 millones de toneladas de plástico por año, material no biodegradable que a mediados del siglo pasado no superaba las 5 toneladas.

Es un hecho confirmado que desde los inicios de la revolución industrial, la concentración atmosférica de carbono aumentó 31%, sólo que más de la mitad de ese crecimiento ocurrió en los últimos 50 años y cerca de tres cuartas partes de las emisiones de carbono provocadas por el ser humano, provienen de la quema de combustibles como la gasolina. Los incendios forestales dan cuenta de la cuarta parte restante. Parece que el costo para mejorar la calidad de vida material de los hombres ha sido alto en términos ambientales, mucho más cuando los beneficiarios directos han sido pocos.

Venezuela no escapa a esta situación. Su condición de país petrolero en mucho ha incidido para que esto sea así. No olvidemos que nuestro país, hace escasamente 80 años, se caracterizaba por no tener industrias, salvo alguna que otra fábrica manufacturera; el producto nacional por habitante escasamente llegaba a los 147 dólares; la mayoría de los venezolanos no sabían leer ni escribir; y las pésimas condiciones sanitarias y de salud traían como resultado que la esperanza de vida no fuese más allá de los 34 años. Esta situación comienza a cambiar desde el momento en que se descubren inmensos yacimientos de petróleo, motor de la economía mundial desde hace más de 100 años. Este hecho hizo posible que la Venezuela misérrima y rural de comienzos del siglo XX se transforme, de manera progresiva, y sin mayores traumas sociales, en una pujante sociedad urbana.

En este contexto de transformación y de nuevas exigencias nace, a fines de los años 40, la Escuela de Ingeniería Forestal y el 15 de septiembre de 1952, la Facultad de Ciencias Forestales. Es necesario decir que su nacimiento, en particular, en la Universidad de Los Andes, se debe a que ya para ese entonces, las vertientes y los fondos de valle de la cordillera de Mérida presentaban importantes problemas de erosión y empobrecimiento de los suelos. En general, ya hace más de 50 años, los Andes de Mérida tenían problemas asociados a formas tradicionales de uso de la tierra que incidían en un deterioro acumulado importante de las cuencas hidrográficas.

En el marco de esta realidad, en octubre de ese mismo año se adscribe a la recién nacida facultad, la Escuela de Capacitación Forestal que funcionaba en el Junquito (Distrito Federal). Y en septiembre de 1956, en convenio con la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación), se crea y se instala en Mérida el Instituto Forestal Latinoamericano de Investigación y Capacitación.

Los años finales de la década de los 50 y los iniciales de los 60 ven nacer dos institutos de investigaciones. Nos referimos al Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales (IGCRN, 1959) y al Instituto de Silvicultura, transformado, treinta años después, en el Instituto de Investigaciones para el Desarrollo Forestal (INDEFOR). La Escuela de Geografía también se crea a comienzos de esta década. La Escuela de Capacitación Forestal también se convierte, pasados treinta años, en la Escuela de Técnicos Superiores Universitarios Forestales.

A fines de los años 60 se adscriben a la Facultad el Laboratorio Nacional de Productos Forestales (LABONAC) y el Instituto de Investigaciones Agropecuarias (IIAP). En 1976 se crea el Centro de Estudios Forestales de Postgrado, transformado años más tarde en el Centro de Estudios Forestales y Ambientales de Postgrado (CEFAP), el cual administra cuatro programas de maestría (Manejo de Bosques, Manejo de Cuencas, Tecnología de Productos Forestales y Ordenación del Territorio y Ambiente; este último, académicamente, depende del Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales).

En estos más de 50 años, la Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales (lo ambiental se le agrega al nombre de la Facultad a mediados de los años noventa) ha visto salir de sus aulas a unos cuantos profesionales (Ingenieros Forestales, Geógrafos y Peritos Forestales –luego Técnicos Superiores Forestales) cuya labor central fue y es lidiar con los problemas que el mismo hombre ha ocasionado a su hábitat.

De esta manera, los venezolanos y en particular los ulandinos, hace más de medio siglo que venimos trabajando para revertir la acción antrópica, cuando ella ha contribuido, por distintas causas, a degradar al ambiente. Son numerosas las contribuciones que sus investigadores han dado a nuestro país, tanto para la solución de problemas concretos como en la producción del saber. En este proceso han participado y participan todos los integrantes de esta Facultad. Actualmente, diversos proyectos y programas de estudios de la Facultad se orientan hacia el ámbito ecopluridisciplinario de la biodiversidad, servicios ambientales, desarrollo agrosostenible, diversidad territorial, ordenación del territorio y los recursos naturales.

La Universidad de Los Andes, a través de la Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales, participa de manera activa en la búsqueda de soluciones a los graves problemas ambientales que afectan a nuestra región y al país. El conocimiento acumulado de todos estos años está allí. La responsabilidad de ponerlo al servicio de los venezolanos le corresponde a los actores políticos y sociales vinculados a los centros de toma de decisiones: alcaldías, gobernaciones y gobierno central.

Nota: Para la información puntual que aquí se señala se utilizó el artículo de Daniel Hessel Teich, *O planeta pede socorro*, publicado en la revista VEJA, editora Abril (Brasil), N° 33, año 35, edición 1765 (21 de agosto, 2002), pp. 81-87. También queremos expresar nuestro agradecimiento a los colegas José Rojas López y Nubis Pulido por sus oportunos comentarios y sugerencias.

Delfina Trinca Fighera
Editora responsable